

Gonzalo gritó, entusiasmado ya por los chistes de la prima María.

— No. Póngome yo una pantalla por la cabeza para atenuar mi brillo. . . Y el maridíño y los pequeños, ¿cómo van?

— Viviendo con algún pan y mucha gracia de Dios. Entonces, hasta luego, primo Gonzalo. Y sea misericordioso.

Aún reía él encantado, cuando la prima María, después de dar á Graciña dos apretados besos, desapareció por la puerta vidriera de la sala. Graciña subió lentamente los tres escalones de mármol del jardín. Desde el balcón todavía avisó Gonzalo, á través del leve ramaje, el peinador blanco y los largos cabellos caídos, reluciendo al sol como una cascada de azabache. Después, el negro brillo y los claros encajes desaparecieron bajo los laureles de la calle que conducía al mirador.

Pero Gonzalo no se separó de la ventana, limando vagamente las uñas, espiando por las cortinas en una desconfianza, casi en un terror, de que Cavalleiro surgiese de nuevo, ahora que Graciña iba hacia el mirador, construcción del siglo XVIII, imitando un templo de amor, que dominaba la calle de las Tecedeiras. Pero la calzada permanecía silenciosa bajo las sombras del arbolado del palacete y del convento. Por fin, avergonzado del espionaje, bajó cierto de que la hermana no se mostraría á Cavalleiro en el mirador.

Y cerraba la puerta, cuando se encontró de-

lante de los brazos del padre Sueiro, que lo abrazaba con respetuoso afecto.

— ¡Oh, mi ingratisimo padre Sueiro! — exclamaba Gonzalo golpeando tiernamente las costillas del capellán —. ¡Más de un mes sin aparecer por la Torre! Ahora, para el Sr. Padre Sueiro, ya no hay Gonzaliño; hay sólo Graciña.

Enternecido, con una lágrima en los mansos ojos menudos, que más negreaban entre la frescura rósea de la faz rolliza y la cabeza blanca como algodón, padre Sueiro sonreía, cerrando las manos sobre el pecho de la sotana de alpaca, de donde salía la punta de un pañuelo de cuadros encarnados. No le escaseara ciertamente el deseo de ir á la Torre. Pero aquel trabajo en la Biblioteca del Palacio Episcopal. . . Después su reumatismo. . . En fin, la señora doña Gracia esperando siempre á su excelencia todos los días.

— Bien, bien — acudió alegremente Gonzalo —; con tal de que el corazón no se olvide de la Torre.

— ¡Ah, ese! — murmuró padre Sueiro con conmovida gravedad.

Y por el corredor de paredes azules, adornadas con grabados en colores de las batallas de Napoleón, Gonzalo resumió las novedades de la Torre.

— Como el padre Sueiro sabe, reventó aquel escándalo de Rello. Y muy bien, porque llevé á cabo un negocio espléndido. Arréndé hace días

la quinta á Pereira el *Brasileño*, á Pereira el de la Riosa, por mil doscientos pesos.

El capellán se detuvo pasmado ante el hidalgo.

— Ahora véase cómo se inventan las cosas. Por acá se dijo que vuestra excelencia tratara con José Casco, el José Casco de los Bravaes: hasta el domingo, al almuerzo, la señora doña Gracia. . .

— Sí — interrumpió el hidalgo con un ligero rubor en la faz fina —. Efectivamente, Casco vino á la Torre, y conversamos. Primeramente quiso, después no quiso. ¡Aquellas cosas de Casco! En fin, una imbecilidad. . . No quedó nada decidido. Y cuando Pereira, me vino con la propuesta, yo, enteramente desligado, acepté, y con alborozo. ¡Imagine! Un aumento soberbio de renta, y á Pereira por rentero. El padre Sueiro conoce bien á Pereira.

— Hombre entendido — concordó el capellán, rascando embarazosamente la barba —. No hay duda. Es hombre de bien. Después, no habiendo dado palabra á Cas. . .

— Pereira viene á la ciudad esta semana — atajó apresuradamente Gonzalo —. El padre Sueiro advierte al notario Guedes, y firmamos esa escritura. Son las condiciones acostumbradas. Creo que hay una reserva al respecto de la hortaliza y del puerco. En fin, el padre Sueiro recibirá carta de Pereira.

E inmediatamente, bajando la escalera, pasando el pañuelo perfumado por el bigote, habló con

el capellán sobre el famoso *Fado de los Ramires*, en que él colaboraba con Videiriña. ¡Oh, el padre Sueiro forjara leyendas sublimes! Pero aquella de Santa Aldonza realmente fuera ataviada con exageración. Aquella santa llevada á hombros de cuatro reyes!

— Son reyes de más, Padre Sueiro.

El buen capellán protestó.

— Con perdón de vuestra excelencia. . . Perfectamente exacto. Lo cuenta el padre Guedes de Amaral en sus *Damas de la Corte del Cielo*, libro precioso, libro rarísimo, que el Sr. José Barrolo tiene en la librería. No especifica los reyes, pero dice cuatro. . . «A hombros de cuatro reyes, y con acompañamiento de muchos condes.» Pero nuestro José Videira declaró que no podía meter los condes por causa de la rima.

El hidalgo reía, colgando en una percha el sombrero de paja.

— Por causa de la rima, pobres condes. Pero el fado está lindo. Yo traigo una copia para que Graciña lo cante al piano. Y ahora á otra cosa, padre Sueiro. ¿Qué se cuenta por ahí del gobernador civil, de ese Andrés Cavalleiro?

El capellán encogió los hombros, doblando cautelosamente su vasto pañuelo:

— Yo, como vuestra excelencia sabe, no entiendo de política. Después, tampoco frecuento los cafés, los sitios donde se cuestiona de política. Pero parece que gusta.

En el corredor, un criado, que Gonzalo no conocía, tocó la campana del almuerzo. Gonzalo le indicó que la señora doña María de la Gracia andaba hacia el fondo del jardín.

— Entró ahora, Sr. Don Gonzalo — dijo el sirviente —. Y manda á preguntar si vuestra excelencia desea para el almuerzo vino verde de Amarante ó de *Vidaiños*.

— Sí, de *Vidaiños*.

Después, sonriendo:

— Padre Sueiro, prevéngale á este criado nuevo que yo no tengo *Don*. Soy simplemente Gonzalo, á Dios gracias.

El capellán murmuró que en los documentos de la primera dinastía ya aparecían Ramires con *Don*. Y como Gonzalo pasara delante del portier corrido de la sala, el buen viejo se curvó con escrupulosa y reverente ceremonia, para dejar paso al hidalgo.

— Padre Sueiro, hágame el obsequio. . .

Mas él, con respeto:

— Después de vuestra excelencia, mi señor. . .

Gonzalo empujó dulcemente al capellán:

— Padre Sueiro, en los documentos de la primera dinastía se estableció que los santos nunca anduviesen detrás de los pecadores.

— Vuestra excelencia manda.

Después de los años de Graciña, una tarde, hacia las tres, cuando Gonzalo se recogía con

padre Sueiro de una visita á la Biblioteca del Palacio Episcopal, sintió en la antesala el vozerón de *Titó*, que rodaba por la sala azul en cadencia lenta. Gonzalo fué hacia el hombre inmenso que henchía uno de los sillones dorados, estirando por sobre las flores de la alfombra unas botas nuevas y relucientes.

— ¡Oh, infame! El otro día se larga sin escrúpulo después de prepararle un cabrito asado estupendísimo. ¿Y por qué? Por una orgía indecente de bacalao. . .

Titó no quebrantó su acostumbrada beatitud.

— Imposibilísimo. De tarde encontré á Juan Gouveia en el Crucero. Y hasta entonces no recordamos que eran los años de doña Casimira. Día sagrado. . .

Aquellas cenas de Villa-Clara, las trasnochadas con guitarra, impresionaban siempre á Barrolo, que las apetecía, y desde una punta de la mesa, donde desmenuzaba cuidadosamente paquetes de tabaco:

— ¿Quién es esa doña Casimira? Ustedes en Villa-Clara descubren unos tipos. . . Cuenta allá.

— Un monstruo — declaró Gonzalo —. Una matrona redonda como una pipa, con pelo ceniciento en la barba. Vive al pie del Cementerio, en un cuchitril que hiede á petróleo, donde este señor y las autoridades van á jugar á la lotería y á platicar con unas muchachitas. . . No se puede contar decentemente delante del padre Sueiro.

El capellán, que sin rumor se recatara en una sombra discreta entre los franjados satenes de una cortina, movió los hombros con un consentimiento risueño, como hecho ya á todas las fealdades del pecado. Y con pachorra, *Titó* enmendaba el esbozo burlesco del hidalgo:

— Doña Casimira es gruesa, pero muy aseada. Hasta me pidió que le comprase hoy en la ciudad una jofaina nueva. La casa no huele á petróleo, y queda detrás del convento de Santa Teresa. Las muchachitas son simplemente dos sobrinas, dos rapazas alegres que gustan de reir. . . Y el señor padre Sueiro podía sin miedo. . .

— Bien, bien — atajó Gonzalo —. Gente deliciosa. Dejemos á doña Casimira, Vamos á otra infamia del Sr. Antonio Villalobos.

Pero Barrolo insistía curioso:

— No, no; cuenta allá, *Titó*. ¿Noche de años, *patuscada* enorme, eh?

— Cena pacata — contó *Titó* con la seriedad que le merecía la fiesta de sus amigas —. La doña Casimira tenía una hermosa paella. Juan Gouveia trajo de Gago unos bolos de bacalao excelsos. Después, fuegos artificiales en la huerta. Videiriña tocó, las pequeñas cantaron. . . No se pasó mal.

Gonzalo esperaba.

— ¿Acabó? Pues ahora á otra infamia más grave. El Sr. Antonio Villalobos es íntimo de Sanches Lucena, frecuenta todas las semanas la

Feitosa, toma té y torradas con doña Ana, y esconde tenebrosamente á sus amigos estos privilegios gloriosos.

— Sin contar — gritó Barrolo deliciosamente — con que le pasea los perrillos felpudos.

— ¿Sin contar con que le pasea los perrillos felpudos? — añadió cavamente Gonzalo —. Responda mi ilustre amigo.

Titó encogió su vasto cuerpo dentro del butacón, recogió las botas relucientes y bajó lentamente la faz que un rubor bermejo recubriera, y después de encararse con Gonzalo intensamente en un esfuerzo de sagacidad que lo ruborizó aún más:

— ¿Tú me preguntaste alguna vez por curiosidad si yo conocía á Sanches Lucena? Nunca me lo preguntaste.

El hidalgo protestó:

— No. Pero constantemente, en el Casino, en casa de Gago, en la Torre, se citaba el nombre de Sanches Lucena. Nada más natural, ni más prudente, que aludiese el Sr. *Titó* á su intimidad ilustre. Al menos, para evitar que él ó sus amigos, delante del Sr. *Titó*, que comía las torradas de la *Feitosa*, tratasen á Sanches Lucena como á un trapo.

Levantóse *Titó* del butacón, y ahondando las manos en los bolsos de la chaqueta de alpaca, y sacudiendo los hombros:

— Cada uno tiene sobre Sanches su opinión.

Yo apenas lo conozco, pero encuentro que es serio, que sabe las cosas. . . Ahora allá en las Cámaras. . .

Gonzalo, indignado, gritaba que no se discutían los méritos del Sr. Sanches Lucena, sino los secretos del Sr. *Titó*. El criado nuevo anunció que el señor administrador de Villa-Clara buscaba á sus excelencias.

Barrolo abandonó su tabaco:

— ¡El Sr. Juan Gouveia! Que entre. ¡Bravo! Tenemos aquí toda la rapazada de Villa-Clara.

Y *Titó*, desde la ventana donde se refugiara, tomó pie en esto para ahogar la importuna conversación sobre Sanches y sobre la *Feitosa*.

— Vinimos juntos. Por cierto que en una carretela infame. Hasta se nos desherró una de las yeguas y tuvimos que parar en la *Vendiña*. No se perdió el tiempo, porque hay ahora allí un vino blanco colosal.

Pellizcábase la oreja. Aconsejaba ruidosamente á Barrolo y á Gonzalo que pasasen por la *Vendiña* para probar aquel vino celestial.

— Hasta el Sr. Padre Sueiro se atizaba de seguro un jarro de ello.

Apareció Juan Gouveia polvoriento, con una señal encarnada en la frente del sombrero y del calor. Apretó silenciosamente las manos amigas que lo acogían, y cayó derrengado sobre el canapé, implorando al amigo Barrolo la caridad de una bebida fresca.

— Estuve para entrar en el café de Mónaco, pero reflexioné que en esta grandiosa casa de los Barrolos las bebidas son de más confianza.

— Muy bien. ¿Qué quiere? ¿Horchata? ¿Sangría? ¿Limonada?

— Sangría.

Y limpiando el cuello y la cabeza, maldijo del indecente calor de Oliveira.

— Hay gente que gusta de él. El señor gobernador civil escoge siempre la hora del calor para pasear á caballo. Todavía hoy paseó al medio día por la carretera de Ramilde, que es un Africa. No sé cómo no le hierven los sesos.

— Muy sencillo — acudió Gonzalo —, porque no los tiene.

— Ya esperaba yo del Sr. Gonzalo Mendes Ramires alguna de sus salidas. No comencemos, no comencemos. Este su cuñado, Barrolo, es un bicho indomesticable.

— Pues mire — declaró el administrador, sacudiendo el dedo hacia Gonzalo —, ese Sr. Andrés Cavalleiro que no tiene sesos, esta mañana en su despacho recordó con inmensa simpatía los del Sr. Gonzalo Mendes Ramires.

— Pues no faltaba otra cosa — replicó Gonzalo muy serio —. Para que ese gobernador civil fuera perfectamente absurdo, sólo le hacía falta que me creyese un asno.

— Perdón — gritó el administrador, que se

levantara desabotonando la chaqueta para comodidad de la contienda.

Barrolo acudió afligido, cargando sobre los hombros de Gouveia para sosegarlo y reponerlo en el canapé.

— No, amigos, no. Política no. Y menos esa bobería de Cavalleiro. . . Vamos á lo que importa. ¿Usted come con nosotros, Juan Gouveia?

— No, gracias. Ya prometí comer con Cavalleiro. Tenemos allá á Ignacio Villena. Va á leer un artículo que escribió para el *Boletín de Guimarães* sobre una manera de fabricar huesos de mártires, descubierta en las obras del convento de San Benito. Estoy con curiosidad. ¿Y la señora doña Gracia, bien? A quien no veía hacía ya meses era al padre Sueiro. No va ahora nunca por la Torre. Pero, Sr. Padre Sueiro; ¿cuál es su secreto para gozar de esa perpetua niñez?

Desde su rincón el capellán sonrió tímidamente. ¿El secreto? Gozar la vida sin consumirla con ambiciones ni con decepciones. Ahora para él, loado sea Dios, la vida corría muy sencilla y muy pequeña. Y fuera de su reumatismo. . .

— Pero el mismo reumatismo no es mal perdido. Dios, que lo manda, sabe por qué lo manda. Sufrir edifica. Porque sufrir lo que nosotros sufrimos nos lleva á pensar en lo que otros sufren.

— Pues mire — agregó con alegre incredulidad el administrador —; yo, cuando tengo los

ataques de garganta, no pienso en la garganta de los otros. Pienso sólo en la mía, que me da bastante que hacer. Ahora voy á regalarme con aquella sangría.

El criado inclinábase con la luciente bandeja de plata, cargada de copas de sangría, donde boyaban rodajas de limón. Y todos bebieron, hasta el padre Sueiro, para mostrar al Sr. Antonio Villalobos que no desdeñaba el vino, dádiva amable de Dios, pues, como enseña Tibulo con verdad, á pesar de ser gentil, *vinus facit dites animos, mollia corda dat*, enriquece las almas y ablanda los corazones.

Juan Gouveia, después de un suspiro consolado, posó en la bandeja la copa que vaciara de un trago, é interpeló á Gonzalo:

— Vamos á ver. Entonces, el otro día, ¿qué historia fantástica fué esa de una fiesta en la Torre, con señoras, con doña Ana Lucena? Yo no lo creí. Después. . .

De entre las cortinas de la ventana donde acababa la sangría, salió *Titó* nuevamente, interpe-
lando también al hidalgo:

— ¡Gonzalo! ¿Sabes lo que me contó hace poco Barrolo? Que andabas con ideas de marchar para Africa.

El espanto de Juan Gouveia fué inmenso. ¿Para Africa? ¿El qué? ¿Con un empleo para Africa?

— No. A plantar cocos, á plantar cacao, á

plantar café — exclamaba Barrolo con divertidas palmadas en las rodillas.

Pues *Titó* aprobaba la idea. También él, si levantase un capital de diez ó quince mil pesos, intentaría ir á Africa á traficar con los negros. Y mejor si fuese más pequeño, más seco. Que hombres de su corpachón, necesitando mucha comida y mucho vinazo, no aguantan en Africa, revientan.

— Gonzalo, sí. Es chupado, no toma apenas aguardiente; es á propósito para africanista. Y yo creo que es carrera bastante más decente que esa otra de diputado, por la que tienes manía. ¿Para qué? Para presumir en la Arcada y tratar con consejeros.

Barrolo tampoco comprendía la obstinación de Gonzalo en ser diputado. ¡Qué idiotez! Todo se volvían disgustos, intrigas y calumnias en los periódicos. ¡Y luego depender de los electores!

— Yo, ni que me nombrasen después gobernador civil con gran cruz como á Freixomil.

Gonzalo escuchara en un silencio risueño y superior, enrollando laboriosamente un cigarro con el tabaco de Barrolo.

— Ustedes ni comprenden ni conocen la organización de Portugal. Pregúntenlo ahí á Gouveia. Portugal es una hacienda, una magnífica hacienda poseída por una *parcería*. Como ustedes saben, hay *parcerías* comerciales y *parcerías* rurales. Esta de Lisboa es una *parcería política*,

que gobierna la heredad llamada Portugal. Nosotros los portugueses pertenecemos todos á dos clases: unos cinco ó seis millones, que trabajan la hacienda ó viven de ella, como Barrolo, y que pagan; y unos treinta sujetos que en Lisboa forman la *parcería* gobernante. Ahora bien; yo, por gusto, por necesidad, por hábito de familia, deseo mandar en la hacienda. Mas para entrar en la *parcería política* el ciudadano portugués necesita ser diputado. Exactamente, como cuando pretende entrar en la Magistratura, necesita ser licenciado. Por eso procuro comenzar como diputado, para acabar como *parcero* y gobernar. ¿No es verdad, Juan Gouveia?

El administrador volviera á la bandeja de sangrías y saboreaba otra copa, ahora lentamente, á sorbos.

— Sí, con efecto; esa es la carrera. Candidato, diputado, político, consejero, ministro, mandarín. Es la carrera. Y mejor que la de Africa. Porque, al cabo, en la Arcada, en Lisboa, también crece el cacao y hay más sombra.

Barrolo, en tanto, abrazara al poderoso *Titó*, con quien se retirara hacia la ventana en una dulce confraternidad de ideas.

— Pues yo, sin ser de los tales *parceros*, también mando en los pedazos de Portugal que más me interesan, porque me pertenecen, y quisiera yo ver que ese San Fulgencio, ó el Braz Victorino, ó los políticos de Palacio, se metiesen á dis-